





NADA IMPORTA

ÁLVARO ROBLEDO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de portada: Hernán Sansone

© Álvaro Robledo, 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6173-1

ISBN 10: 958-42-6173-8

Primera impresión: agosto de 2017

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ÁLVARO ROBLEDO (biografía)

(Medellín, 1977). Estudió literatura en la Universidad Javeriana. Realizó una maestría en Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona y una especialización en Escritura de guión en el Taller de Guionistas de la misma ciudad. Editor de El Peregrino Ediciones.

Es autor de las novelas *Nada importa* (finalista del premio Herralde 1998) y *Final de las noches felices*.

ÍNDICE

I.....	11
II.....	19
III.....	23
IV.....	31
V.....	35
VI.....	39
VII.....	45
VIII.....	53
IX.....	63
X.....	73
XI.....	81
XII.....	85
XIII.....	91
XIV.....	97

XV.....	105
XVI.....	111
XVII.....	119
XVIII.....	123
XIX.....	127
XX.....	133
XXI.....	137
XXII.....	141
XXIII.....	145
XXIV.....	155
XXV.....	161
XXVI.....	167
XXVII.....	171
XXVIII.....	177
XXIX.....	183

Para Juan Felipe, mi hermano

I

— ¡Walt, cabrón, cierra esa ventana! —grité, mientras alcanzábamos los 130 kilómetros por hora de nuestro Ford Mustang del 74.

Yo era un latinoamericano que había pasado algún tiempo en Europa y, como todos los latinoamericanos que han estado en Europa, creía conocer la inmensidad del mundo.

Algunos años en España, en Cádiz, me valieron el nombre de sudaca o indio de mierda, y criaron en mí el gusto por el mar y las ganas de viajar. De Cádiz recuerdo los días soleados y los cuerpos de las gitanas, una que otra aventura.

— ¡Ya la cierro, no es para tanto! —dijo Walt mientras escupía al aire, dando gritos porque una vez más había logrado un esputo perfecto. Walt, cuyo verdadero nombre era Walter Petersen, era un danés que había prestado dos años de servicio militar al cuidado de la reina, cosa que le llenaba de orgullo.

—¡Mierda, Walt, me llenaste la cara de saliva! Este era Thomas Wegener, otro danés amigo de Walt. Era de esas personas a las que yo nunca me habría acercado en otro momento de mi vida, pero sentía aprecio por él pues contaba unas historias tremendas y sabía ser un buen amigo. Estaba orgulloso de su apellido, de ascendencia alemana, y le gustaba decir:

—¡Me diferencia de toda esa banda de cabrones de apellidos Petersen, Olafsen, Andersen o con cualquier terminación en sen! No hay más terminaciones que sen en toda Dinamarca, desde Jutlandia hasta Copenhague. Todos parecen hermanos. ¿No le ves un cierto aire a retrasado o a mongoloide a Walt? ¡Eso sólo pasa cuando tu padre se folla a su hermana!

A mi lado iba Nicholas Harrison, a quien llamábamos Nick, un inglés que había vivido varios años en India y Japón, y quien en un principio pensé que había traído consigo ese silencio tan parecido a la sabiduría o a la completa imbecilidad.

Yo había conocido a Walt en situaciones bastante extrañas. Salía de cine de seis, de una película que no recuerdo. No recuerdo, porque es una de esas películas que sólo sirven para congraciarte con el mundo y sus gentes, no dejan un recuerdo claro, sólo una sensación agradable, como cuando te tiras en el pasto a fumarte un cigarrillo y a mirar un punto fijo en el cielo.

Decía, pues, que salía de cine con una sensación agradable, sensación que tenía que completar con un poco de cerveza. Unas cervezas después de una buena película y ya casi que podría agradecer que el mundo se acabara. Si pudiera follar ya sería demasiado. Mi madre siempre me enseñó a ser parco con mis deseos. Aunque follar no estaría nada mal.

En esos días vivía en Oxford, no donde los hijos de senador o de puta fina, sino en un barrio de obreros de una compañía metalúrgica. Yo era un jodido como cualquier otro, pero esto no quiere decir que siempre haya sido así. Años después, cuando contaba la historia, ya fuera para conquistar a alguna pequeña intelectual, de piel blanca y senos pequeños, o para conseguir trabajo, decía que había vivido en Oxford, acentuando la primera O y poniendo mi mejor acento británico. Nadie sabía que Oxford era un lugar muy grande, donde los aprendices de poeta ocupan un lugar mínimo.

Entré a un pub que tiene por nombre The Eagle and Child, llamado cariñosamente por los del lugar como «El Pajarraco y el Bastardo». Es éste un pub de intelectuales que en sus días de alegre donaire contaba con las visitas ocasionales de los Inklings, un grupo de escritores que si no conoces, ya es mejor que te pongas el cañón de una Winchester en la boca. Me gustaba el lugar porque tenía una atmósfera tranquila, ponían discos de Count Basie

y especialmente porque tenía mi propio rincón y la cerveza era barata.

Tengo la firme convicción de que en la vida tenemos la obligación casi perentoria de ocupar rincones que podamos llamar propios en los lugares públicos. Recuerdo un amigo allá en Latinoamérica que solía ocupar siempre el mismo lugar en el cine. Era para volverse loco o intentar matarlo. El tipo encarnaba a esos hombres que creen que la repetición de un acto por años los hace mejores personas o una mierda por el estilo, y por eso siempre se sentaba en la segunda silla de la segunda fila del lado izquierdo del cine, el único sitio de todo el puto lugar donde las caras de los personajes se ven distorsionadas y donde los parlantes te quedan en la oreja. Cuando iba con él a ver una película, yo me iba al centro, también en las primeras filas pero en un lugar en el que todavía se puede ver qué es lo que está pasando, y entonces mi amigo me decía que nos hablábamos a la salida, porque se iba a su puesto. En ese entonces no le comprendía y pensaba: ¡Pobre marica pedante!, pero ahora, y sin poder decírselo, lo comprendo, o al menos eso creo.

Si me preguntan por qué hablo de Latinoamérica y no de un lugar específico de esta región, es porque soy uno de los pocos imbéciles que aún mantienen el sueño de Bolívar, una de esas ideas bobas que uno tiene y que espera le sean perdonadas. Además yo en ese entonces vivía en Inglaterra y allí nunca harán la diferencia. Para

los ingleses tú eres «el latinoamericano», no importa si eres mexicano o argentino. Yo soy colombiano, porque así lo dice mi pasaporte y porque mis padres lo eran. Siempre estuvimos viajando mucho, y nunca pude sentir que pertenecía a algún lugar realmente. Alguna vez leí a un poeta norteamericano que se hacía llamar ciudadano del mundo. Bueno, creo que eso soy, un ciudadano del mundo, o algo por el estilo.

Me acercaba, pues, a mi puesto en dicho pub, con una pinta de cerveza en la mano, cuando veo a este animal de casi dos metros, completamente borracho y agarrándole las tetas y besándole el cuello a una rubia que bien podía ser una vestal de película de Ginger Lynn. Me aproximé hasta la mesa y le dije con tranquilidad que se quitara de ahí porque ese era mi lugar, sin saber de dónde había sacado la fuerza para decírselo, pues siempre he sido un cobarde. El tipo parecía no oír nada de nada.

Repetí mi frase, esta vez con un tono casi sentencioso y ceremonial que había aprendido de mis lecturas de Shakespeare. Porque yo también leía, leía como un enfermo o un preso, pues no quería ser tan sólo otro jodido ignorante; además me gustaba hacerlo: es de esas cosas que no puedes dejar una vez empiezas.

Esta vez el tipo pareció entender, se levantó con un gesto marcial y me hizo seña de que lo acompañara. Mientras salía del bar, dejé mi cerveza en la barra donde recomendé que me la cuidaran, pues no tardaría. Toda

la vida había escuchado que era mejor regar la sangre que el alcohol, y aunque siempre me había parecido una expresión imbécil y desagradable, en este momento de extraña confusión la sentí como algo verdadero. Aquí debo aceptar que me asusté un poco, pues el tipo, además de parecer un oso, me llevaba por lo menos dos cabezas, y tenía esa tranquilidad de mierda que tanto me cabreaba. En Latinoamérica ya estarían volando mesas y sillas como en los *westerns*, y ya todo el bar hubiera tomado partido. Allí todos seguían impassibles, como si simplemente nosotros fuéramos dos buenos amigos que salen a contarse sus historias en privado, porque no quieren que la gente del lado escuche.

Salimos y el tipo se cuadró como si fuéramos a boxear o alguna mierda por el estilo. Yo no entendía nada y lo único que hice fue abalanzarme a morderle la oreja y a intentar ahogarlo. De donde yo venía, lo de pelear sólo con los puños era cosa de imbéciles. El tipo gritaba y forcejeaba como un endemoniado. La gente pasaba y no decía nada, era como si estuviéramos celebrando algún aniversario de la caída nazi o un partido de fútbol.

Finalmente logró lanzarme lejos pues tenía la fuerza de un yak. Todavía ahora no sé cómo logré conectarle un buen par de golpes, de pronto es que el azar sí existe, y por eso él lograba encontrar su nariz con mi cabeza o su estómago con mis puños; de todas maneras el tipo era indudablemente más fuerte que yo y me reventó la

cara. Me logró inmovilizar en una especie de abrazo, que terminó siendo un abrazo real, mientras el tipo se cagaba de la risa y yo nunca supe bien de qué se reía, pues yo estaba bastante cabreado, cuando nos encontramos entrando al bar abrazados como hermanos, riendo como hienas.

Los del bar nos miraban sonriendo, como si los desgraciados hubieran sabido todo el tiempo que eso iba a pasar, sacerdotes de esos secretos que tú eres el último en conocer.

Recogí mi cerveza y bebí un trago largo mientras veía cómo se mezclaba con la sangre. Regresamos a mi mesa y el tipo me hizo sentar en mi asiento. La rubia ya no estaba allí, se había cambiado de mesa y ahora estaba con uno de esos intelectualoides indios que tanto me asquean. Le hice ver esto al tipo, pensando que iba a armar un alboroto, pero sólo se rio con fuerza y dijo con un acento fuertísimo:

—¡No importa, todas las perras son iguales! —luego dijo—: Mi nombre es Walter Petersen, pero puedes decirme Walt. Soy danés y en Dinamarca siempre decimos que quien nos da una buena pelea o con quien derramamos la sangre, será siempre nuestro hermano —luego levantó su cerveza y dijo—: ¡*Sköll!* Brindamos y volvimos a cagarnos de la risa. Así conocí a Walt, quien desde ese entonces ha sido en verdad mi hermano.

II

— ¡Dame un cigarrillo, Walt! ¡Y deja de creerte James Dean con la camisa remangada! ¿Qué diría la reina? Thomas, una vez más su cara contra el panorámico, nos hacía reír, y le agradecíamos en silencio esos momentos que nos hacían salir de nuestras ensoñaciones con esa pelirroja de caderas paridoras que habíamos dejado en casa, del reloj unido al recuerdo de padre, de ese mar que vimos en Lisboa con un oporto en las manos, mientras contemplábamos a las muchachas con quienes habríamos querido casarnos y tener diez hijos, uno tras otro, sin dejarlas respirar entre tanto.

A Thomas lo conocí a la mañana siguiente de la noche en que conocí a Walt. Había sido su amigo de infancia y parecía que ambos lo habían vivido todo, lo habían visto todo.

Era temprano en la mañana. Recuerdo que Walt y yo habíamos visto el amanecer juntos en la estación de buses. Nos encontrábamos allí porque en medio de nuestro delirio etílico habíamos quedado en ir a Praga a visitar

a una amiga suya, quien, según él decía, era idéntica a Sofía Loren.

—Te lo juro, es su vivo retrato. Los mismos labios carnosos, ese pelo que huele a fresas y un par de tetas que hay que ser un Atlas para sostenerlas. ¡Tres kilos cada una!

Yo me reía y le seguía el cuento, en parte porque estaba muy borracho y quizás porque no tenía nada mejor que hacer. Yo lo que quería era escribir, no sé muy bien por qué, me parecía que era la única manera de cumplir las promesas hechas a los amigos hace algún tiempo. Y la idea de ir a Praga me entusiasmaba. Además que si el cuento de Sofía era verdad, sólo esto era una razón de peso para ir.

—¡Tres kilos! —repetía Walt como en una letanía y ponía sus dos manos en tal forma, que en verdad parecía sostener dos mundos.

Pedimos dos cafés y Walt se sentó a fumar en una banca. Ya empezaba a clarear cuando dijo:

—¡Thomas! —para luego decir—: ¡Me olvidaba de Thomas, no podemos ir!

Yo no entendía lo que quería decir y sólo pude preguntar:

—¿Cuál Thomas? Él respondió:

—Thomas es un amigo con quien vivo y no podemos irnos sin él.

Y aquí fue cuando dije una de esas cosas que si uno tuviera la facultad de retroceder en el tiempo, sería la primera en suprimir:

—No serás marica...

Walt se sonrió con una sonrisa paternal y condescendiente, y dijo:

—No, por supuesto que no. Es sólo mi amigo.

Parecía que la vida de mierda que llevaba en Inglaterra me hubiera hecho olvidar lo que eso significaba. Yo también había tenido grandes amigos antes, amigos por quienes lo habría dado todo, o por quienes lo di todo, ya no sé bien. El hecho es que ya no estaba con ellos, con quienes pareciera que todo había ocurrido hacía demasiado tiempo.

Thomas y Walt habían ido a la misma escuela, habían estado en los mismos cursos, incluso habían follado por primera vez con la misma mujer:

—¡Gertrude! —gritaban a coro y simulaban estar follando con esta mujer «del culo de blanco requesón».

Terminamos nuestros cafés, Walt se fumó un par más de cigarrillos en silencio, y fuimos a su casa. En el trayecto, que me pareció interminable, intenté hablarle de mis nebulosos recuerdos de los cuentos de Andersen, lo que, por supuesto, terminó dejando en evidencia mi ignorancia, pero selló, con risas, nuestra amistad.

Subimos los tres pisos que llevaban al apartamento de Walt y entramos. Allí vi una escena que aún hoy no deja de impresionarme, cuando la recuerdo. En un sofá estaba un hombre alto, de complexión fuerte, en calzoncillos de boxeador, con una foto de una mujer que efectivamente se parecía a Sofía Loren, llorando como un recién nacido y gritándole algo a Walt. Yo estaba un poco aturdido, pues no entendía lo que este par vociferaba en esa lengua de los mil demonios. Finalmente Walt, quien también ahora lloraba como un niño, logró desatar:

— ¡Es que se ha muerto, puta!, ¿acaso no entiendes? ¡Praga murió!

No comprendí realmente la frase, y cuando Walt me explicó que la mujer de quien habíamos hablado hacía un rato había muerto, sólo me entristeció la idea de no ir a Praga y la imagen de esos seis kilos de gloria enterrados bajo tierra.

Walt le dijo algo más en danés a Thomas, y por su expresión entendí que le había dicho que yo era su amigo. Thomas me abrazó, me mostró la foto, me dio un trago de un licor muy fuerte que debía haber estado tomando por horas, y me dijo:

— ¡Pensaba casarme con ella, pero la gran zorra prefirió morirse! —y ahí dejó caer su cabeza sobre mi hombro y se quedó dormido.

— Este es Thomas Wegener, mi amigo —me dijo Walt secándose las lágrimas y entrando al baño a lavarse la cara.